

TRIBUNAS Preston

EUGENIO FUENTES



Paul Preston pertenece a una escuela de hispanistas inmensamente influyentes en la visión que los españoles tenemos de España

ESTUVO Paul Preston en Cáceres para ser nombrado Doctor ‘Honoris Causa’ por la Universidad de Extremadura, en un acto de gran relevancia para una universidad tan joven, que incorpora así a su claustro a un historiador de gran prestigio. En el abarrotado paraninfo, la ceremonia se desarrolló según un protocolo antiguo y solemne, con la culta parroquia universitaria en pie, a un lado, y los doctores entrando lentamente, como en procesión, a ocupar sus sillones, vestidos con togas y birretes de diferentes colores según la facultad a la que pertenecían –de azul celeste las Humanidades, de rojo el Derecho, de verde las Veterinarias, de marrón las Ingenierías–, mientras en lo alto el coro universitario cantaba sus latines.

La intervención central corrió a cargo del padrino académico, el profesor Enrique Moradiellos. No es fácil resumir en poco tiempo los méritos de Preston y, dejándose llevar por la admiración hacia el maestro, se podría decir que Moradiellos alargó demasiado su discurso si no fuera porque la gratitud siempre es digna de elogio y ensalza a quien la manifiesta. En su respuesta, Preston habló de los aspectos más íntimos y personales, contando con frescura, humor y precisión datos biográficos de su relación con España, de la fascinación que siempre le produce este país, de su geografía, de la comida a la que le debe algunos de los kilos que le sobran. Hasta sus incorrecciones lingüísticas, sus giros y anglicismos tenían una autenticidad especial.

Un detalle resultó sorprendente: que entre los agradecimientos a profesores e investigadores que lo ayudaron en su trabajo no nombrara a ningún profesor de la universidad que le otorgaba el doctorado ‘Honoris Causa’, exceptuando a su padrino Enrique Moradiellos.

Tras su intervención, mientras el rector y el presidente de la Junta tomaban brevemente la palabra, hubo un poco de tiempo para las toses, para los comentarios al oído, para consultar disimuladamente si había entrado algún mensaje o algún whatsapp en el teléfono móvil. Todo terminó con el ‘Gaudeamus Igitur’, que a quien más y a quien menos nos evoca con nostalgia nuestra vida universitaria.

Como antes John H. Elliott, Gerald Brennan, Hugh Thomas, Raymond Carr o Geoffrey Parker, Paul Preston pertenece a una escuela de hispanistas inmensamente influyentes en la visión que los españoles tenemos de España, que han renovado el estudio de la Historia al enseñar que no se trata solo de mapas, fechas y batallas, y



que han conseguido que estos libros dejen de interesar únicamente a los especialistas. La economía, la sociología, los medios de transporte, la demografía, la religión, la ciencia o la propia psicología de los personajes se convertían para ellos en materia de estudio tanto como los documentos de los tratados políticos. Además, han sabido mantener un equilibrio en verdad difícil al dar una interpretación personal de la Historia sin perder por ello el rigor y la objetividad, escribiendo unos libros tan bien redactados que, al terminar su lectura, a veces se tiene la sensación de que nos han hecho viajar en el tiempo.

De Paul Preston yo conocía la monumental biografía de Franco, que me había ayudado en algunos de mis escritos. Y ahora, para no hablar en vano, dediqué estos días pasados a leer su último libro, ‘El final de la guerra’, donde cierra una amplia bibliografía sobre la Guerra Civil española y sus protagonistas. Combinando claridad expositiva, perspicacia para el detalle revelador y para citar el documento adecuado, rigor para no callar lo que otros silenciaron y, sobre todo, demostrando que solo puede escribir bien de Historia quien sabe mucho de ella, el libro describe paso a paso, casi a diario, los acontecimientos de aquellos últimos meses y se centra en las tres figuras republicanas trágicamente destinadas a gestionar la derrota, ya que Manuel Azaña, Largo Caballero, el general Vicente Rojo y otros ya estaban refugiados o huidos en París. Por un lado, Juan Negrín, que se negaba a la rendición con la ciega esperanza de que la entrada en guerra contra Hitler cambiaría, de paso, la situación española. Enfrentados a él, un iluso Julián Besteiro, confiado en que podría ser una pieza clave de la reconciliación entre vencedores y vencidos, formando un gobierno que negociara una paz honrosa que evitara las represalias. Y, por último, el coronel Segismundo Casado, enconado anticomunista, autor del golpe de estado el día 5 de marzo de 1939. Frente a ellos, Franco, que, con la victoria al alcance de la mano, se negaba a cualquier pacto y no tenía ninguna prisa en acabar con la guerra hasta la completa aniquilación de la República y los republicanos.

Se fue Preston, ya togado, pero aquí quedan sus libros y el recuerdo de una de esas ceremonias académicas que adquieren todo su sentido cuando sus viejos y solemnes protocolos, su lenguaje en plural mayestático y la entrega de simbólicos anillos y guantes blancos van acompañados de la vanguardia en la investigación y de la innovación del profesorado, a pesar de todas las dificultades por las que atraviesa la universidad pública.

LAS crisis están diseñadas para beneficiar a los ricos, ya que gracias a ellas les resulta más fácil reescribir las normas», decía el flamante nobel de Economía Angus Deaton hace más de tres años en una entrevista con XLSemanal. Y los datos, tozudos ellos, así lo confirman. El 1% de la población mundial, esos que tienen un patrimonio valorado en más de 760.000 dólares (667.000 euros), posee tanto dinero como el 99% restante de los habitantes del planeta, según el informe anual sobre la riqueza mundial del banco Credit Suisse. Para más inri, el 10% más acaudalado acapara casi el 90% de la riqueza total. Esta enorme brecha entre los ricos de solemnidad y el común de los mortales, lejos de cerrarse, se ha abierto más desde el inicio de la Gran Recesión, en 2008. En conclusión, los ricos saldrán de la

ANTONIO CHACÓN FELIPE
EL ZURDO

RICOS DE SOLEMNIDAD



crisis siendo más ricos y los pobres, más pobres. «Nunca ha habido tanta desigualdad», sentencia el economista Branko Milanovic. Y la entidad suiza prevé que el número de tíos Gilito crecerá un 46% en los cinco próximos años.

España está entre los países más desiguales. El 10% más rico tiene una renta 14 veces mayor que el 10% más pobre, amén de acumular tanta como la que se reparte la mitad de la población española. Así lo certifica un estudio de la Red Eu-

ropea de Lucha contra la Pobreza y la Exclusión Social (EAPN), que advierte también que 13,6 millones de españoles (casi uno de cada tres) las pasa canutas. Otro estudio de CC OO revela que los presidentes de las 35 grandes empresas del Ibex cobran de media 158 veces más que sus empleados.

Ayer fue el Día Internacional para la Erradicación de la Pobreza. Su lema de este año, ‘Juntos contra la pobreza’, pone de relieve la necesidad de una verdadera alianza

mundial para combatir esta plaga. Porque, aunque los predicadores de Mammón nos vendan lo contrario, «la pobreza no es un castigo divino, sino una consecuencia de las políticas» de los gobiernos, como sostiene el presidente de EAPN en España, Carlos Susías, quien refuta la teoría neoliberal dominante de que «la lluvia hace que todo el mundo se moje» o aquello de «vicios privados, públicos beneficios» que defendía Bernard Mandeville en ‘La fábula de las abejas’. «Lo que estamos observando es que los de arriba se están ahogando y los de abajo siguen secos», como dice Susías, y que los vicios privados de los zánganos generan públicas pérdidas a las abejas obreras.

En ‘La gran brecha, qué hacer con las sociedades desiguales’, otro nobel de Economía, Joseph E. Stiglitz, insiste en que la desigualdad es evita-

ble, no es consecuencia de leyes inexorables. Es cuestión de políticas y estrategias. Pero se hace harto difícil que cambien esas políticas y estrategias cuando el considerado faro de la Libertad y la Democracia es en realidad una plutocracia. EE UU está en manos de un puñado de ‘epulones’. Solo 158 familias multimillonarias controlan su sistema político a través de donativos a las campañas de los candidatos presidenciales, según informa ‘The New York Times’. La mayoría de ellas hacen negocios en la banca y el sector energético y compran la voluntad de aspirantes republicanos conservadores. Y España no es una excepción, como demuestran casos como Gürtel o Púnica.

Por ende, todos los votos no valen igual. Si es rico de solemnidad puede comprarse hasta una democracia. Una moneda, un voto. Ese el principio que rige el mundo.